

III.

EN QUE OCTAVIO DE PARISIS EVITA SU DICHA.

Al siguiente día á las diez de la mañana, Octavio de Parisis montaba á caballo para dar una vuelta en el Bosque, cuando se le entregó este billetito que le sorprendió aun despues de haberlo leído porque reconoció en él, el timbre de los Parisis.

«Mi querido sobrino:

»Si yo os dijese que vuestra anciana tia, Regina de Parisis, es casi vuestra vecina en Paris, donde vá á pasar dos meses de esta primavera, con vuestra hermosa prima la señorita Chastaigneraye, no os quedarais muy sorprendido?

»Pues bien, nuestra habitacion está en la avenida del Sena, á esta habitacion se le dá el título de Palacio cuando en mi Salon de Champauvert cabrian diez habitaciones cual ella!

»Porqué he venido á París? grave pregunta. No os contestaré porque lo adivinareis. Quizá sea para veros, Sr. Invisible. Verdad es, que quizá nos direis, que las cuatro casas y los cincuenta árboles que nos

separan constituyen una gran distancia como la que media desde Paris al castillo de Champauvert. No os digo nuestro número porque lo ignoro. Buscad.

»No vengais esta mañana, porque vuestra prima Genoveva á ido á orar sobre la tumba de su patrona en San Estéban del Monte.

»Os envio un abrazo.

»REGINA DE PARISIS.»

Hacia ya mucho tiempo que Octavio no habia visto su tia. A la muerte de su madre la señorita Regina, que era ya quintañona, le habia cogido en sus brazos y le habia dicho que encontraria en ella toda una familia.

Octavio tenia, no sé porque, cierto horror á las viejas solteras y sin embargo, su tia no era muy ridícula por mas que vistiese al estilo de Luis XV, adulterado por el usado en la Restauracion. El jóven no habia ido á ver su tia, porque no habia ido jamás á Paris, entregada por completo á la educacion de la señorita Genoveva de Chastaigneraye.

La señorita Genoveva de la Chaistaigneraye habia quedado huérfana al mismo tiempo en que Octavio habia perdido su madre. Recordaba vagamente haber visto esta niña ocultando su muñeca bajo su trage de luto. No tenia mas que estos recuerdos de su prima. El conde de la Chastaigneraye habia muerto con el grado de coronel en Solferino, sobreviviendo apenas de un año á su esposa. Genoveva habia venido á

habitar Champauvert con su tía que hasta entonces no era muy amante de los niños, pero que en cambio se dejaba acariciar por su sobrina.

Así es, que para ella fué una verdadera alegría el verla correr y cantar, en aquel silencioso castillo en aquel parque solitario. Cierta mañana la tía se quedó sorprendida al ver que la niña se transfiguraba en una señorita digna de los Chastaigneraye y de los Parisis por su belleza grave y su gracia heráldica.

Genoveva hubo de revelar de pronto todas las virtudes: el orgullo y la dulzura, frente pensativa, boca sonriente, alma divina y corazón entusiasta. Era también aficionada á la música. El domingo, para que la perdonaran sus pecados, ella que pertenecía á Dios en cuerpo y alma, tocaba el órgano en la Iglesia de Champauvert con cierto sentimiento evangélico.

Después aquel mismo día en el castillo entonaba aires de ópera con el brio de la Patti. Era algún tanto romántica, y según decían las mugeres del país, original como su tía.

El fuego de la inteligencia quemaba su alma. Interrogaba el horizonte lleno de promesas. En su actitud tan púdica se revelaban ya los impulsos de la pasión.

Desde hacia más de diez años, Octavio no había puesto los pies en el castillo de Parisis por un sentimiento más filial que familiar: sus amigos le hablaban de las hermosas cacerías que en otoño se emprendían en él; mas el joven no quería divertirse cerca la

sepultura donde dormían las dos figuras siempre amadas de su padre y de su madre.

En Paris, en su palacio, cuando se detenía un instante ante sus retratos juraba que iría á visitar su tumba; pero la corriente de la vida, que para él era un torrente, le quitaba la fuerza de seguir tan buena idea.

En aquella mañana Octavio se dirigió á casa de su tía. El camino no era muy largo: conocía la fisonomía de todas las casas y no se equivocó más que una vez. A la segunda vez que llamó, apareció una criada peinada á la borgoñona, y poco faltó para que esta se echara en sus brazos. Jamás había visto al joven; pero adivinó que era hijo del castillo.

Octavio encontró á su tía muy envejecida, mucho más ridícula que antes con sus extrañas modas y mucho menos imponente con su aire de castellana del tiempo en que había castillos con puente levadizo.

Se abrazaron sin que la efusión sobrara. La tía empleó en esta ocasión bastante dignidad y el sobrino tuvo miedo de ensuciarse de rojo y de blanco, lo cual le sucedía con alguna frecuencia con sus queridas.

—Y bien, señor duque Octavio de Parisis por la gracia de Dios y sin que la Constitución entre en ello para nada: habéis adivinado porqué he venido á Paris?

—No, tía.

—Pues bien, voy á decíroslo. Pero no digais de esto una palabra á Genoveva.

—Ya comprendo! dijo Octavio asustado.

—Veamos.

—Vos, mi querida tia, habeis soñado en un matrimonio entre el primo y la prima.

—Sí, caballero: he pensado en enlazar dos grandes nombres: Parisis y La Chastaigneraye. He aquí el oro ^{SORA} liga: son dos títulos envidiables. Se cuentan caballeros de Malta en ambas líneas.

La solterona habia estado á punto de casarse con un caballero de Malta: para ella era el bello ideal del antiguo régimen.

—Pues bien, tia mia, tengo un sentimiento en contrariaros; pero existe un abismo entre vuestra sobrina y vuestro sobrino.

—Un abismo! qué quereis decir?

—Quiero decir que el primo no se casará jamás con la prima. Tengo sobre esto mis preocupaciones; es necesario variar las rayas. Esto sin contar que yo no quiero casarme.

—Ah! no quereis casaros, caballero! no quereis enlazaros con una La Chastaigneraye! Pues bien! el día que se celebren mis funerales tendreis que arrepentiros!

La señorita de Parisis, llena de cólera y con agitada mano, cogió una fotografia, sacada el dia anterior por un artista muy conocido, el cual habia querido acentuarla haciendo irradiar con fuerza en ella algunos rayos de sol.

—Mirad, caballero!

Octavio miró con calma bajo aquella tempestad; era el retrato de Genoveva de La Chastaigneraye.

El Señor de Parisis no conoció al pronto en aquella mezcla de nitrato de plata, la hermosa criatura que habia visto, dos dias antes, en la avenida de la Muette, imprimiendo en la nieve un pié ideal y dibujándose por el ramage con la gracia de una cazadora antigua.

Tampoco habia conocido á su tia en la anciana que la acompañaba. Verdad es que las habia mirado muy poco.

—No es cierto que es hermosa? dijo la señorita de Parisis.

—Sí, contestó Octavio sin entusiasmo; pero quizás es demasiado morena.

—Demasiado morena! Oh! caballero! Mi sobrina tiene los ojos negros; pero es rubia, lo cual constituye una belleza incomparable.

—Entonces tia mia, por qué me mostrais este retrato de una africana?

—Veo, caballero, que sois indigno de contemplarla. Id! id! Corred trás las cómicas y las cortesanas; yo guardaré mi Genoveva para algun duque ó par que sea mas amable.

—Duque y par! dijo Octavio riendo; esto es lo mismo que buscar un mirlo blanco; pero en fin, quizá el mirlo blanco irá á cantar bajo los árboles de Champauvert.

La tia se acercó á Octavio y le besó en la frente.

—Calavera! le dijo, libertino gastado, ateo entregado al diablo! es decir, qué prefieres amar á todas las mujeres?

—Sí, tia.

—Te desheredaré!

—Está bien, tia. Quiero abrazaros por tan buena idea.

Y Octavio abrazó lleno de heroicidad á la solterona.

—Pues bien, no hablemos de matrimonio: no quiero la muerte del pecador.

—Tanto mas mi querida tia, cuanto el pecador no moriria tampoco con el matrimonio.

—Tu me asustas! Yo que queria salvar á Genoveva é iba á perderla dándotela por esposa. No hablemos mas de ello.

La conversacion siguió por espacio de media hora. Octavio tomó en compañía de su tia,—una taza de chocolate con un bizcochillo al estilo de los que se comian en Champáuvet y enseguida se levantó para marcharse.

—Visítame con frecuencia: no te hablaré mas de esponsales.

Ambos se abrazaron.

—Mi querida tia, venidme á ver con la señorita de La Chastaigneraye. No tendreis mas que anunciar vuestro nombre, para que las puertas de mi casa se abran de par en par.

—Pues bien: te daremos alguna sorpresa. Ah dia-

blo! supongo que no me robareis á mi Genoveva. Me consta que se os llama el Irresistible.

—Oh! querida tia: mi prima será para mi muy sagrada.

Cuando Parisis cruzaba el dintel de la puerta, su tia le cogió la mano:

—A propósito, dame nuevas de tu fortuna. Ya sabes que tu castillo de Parisis está hecho una ruina.

—Lo reedificaré en mármol.

—La mina de las Cordilleras continua siendo buena?

Octavio se habia puesto pensativo, mas luego respondió:

—Si no es una mina de plata, sino de oro.

El jóven montó á caballo y dió un paseo matinal por el bosque murmurando:

—De buena me he escapado!

El hombre nunca es mas feliz que el dia en que huye de su dicha.

Yo podria autorizar esta sentencia con la firma de Confucio, de Saadí ó de Voltaire, para darle mas importancia; pero la verdad jamás firma sus aforismos.

Cuando la señorita de la Chastaigneraye volvió de San Estéban del Monte, su tia la abrazó y le dijo con tristeza:

—Y bien, mi querida Genoveva, tu primo es un renegado. Creerás que rechaza tu mano, tu mano llena de oro, esta mano tan blanca y orgullosa?

La señorita de Parisis habia cogido la mano de su sobrina.

—Ya que no quiere casarse conmigo, dijo sencillamente Genoveva, yo os prometo que aceptará mi mano.

—Está bien, deja que te abrace por tan buena ocurrencia. Pero como realizarás tal milagro?

—No creís en el destino?

—Creo que el destino no trabaja para nosotras mas de lo que nosotras trabajamos por él.

—Entonces, tía trabajaremos por nuestro destino.

—Eres muy singular?

—No mas que vos, querida tía.

—Pero por qué le amas?

—Lo ignoro.

—Nunca se sabe porque amamos: desde el momento en que se razona sin pasion, el amor ya no existe.

—Comprendo, dijo la señora de Parisis: tu amas á Octavio porque te se ha dicho tanto mal de él, porque en Champauvert, tu contemplabas siempre su retrato, porque le viste el mártes riendo entre un círculo de mujeres, porque ayer le viste en el bosque en la avenida de la Muette pensativo, porque te habia mirado.....

—Le amo porque le amo, replicó Genoveva ya enojada con los *porque* de su tía. Si vos me abandonais en mis tentativas románticas, yo os prometo que seré la mujer de mi primo.

Y la hermosa jóven, que no desconfiaba de nada, se colocó en el piano frente á un magnífico ramillete que habia comprado en su camino. Todos los corazones enamorados necesitan de flores, de perfumes y de canciones. He aquí porque los amantes hacen tan alegre su casa.

Existen para las mujeres dos auroras: la primera llega despues de la noche de la infancia y esparce sobre su frente la aureola de la jóven; la segunda, mas luminosa, quema los cabellos con un rayo muy vivo: es la aurora del amor. Existe todo un mundo entre la doncella que no ama sino su juventud y la que es víctima del amor. Le transfiguran. Antes andaba con sencilla gracia aunque con cierta rudeza; ahora parece que anda con el ritmo de las bellas armonías. Su talle es mas gentil, sus brazos tienen el hermoso abandono del sueño. Baja su cabeza ó la levanta con la desenvoltura que dá la alegría del corazon ó la melancolía del alma. Ayer no se respiraba en su casa mas que el perfume de los diez y siete abriles; hoy se siente no se que sabroso olor de cabellera tendida y de flores esparcidas. Ayer era una discípula en su piano; porque hoy la inspiracion canta por ella? en una palabra: ayer se desprendia de ella un discreto y templado encanto, hoy se desprende de ella toda una fiesta. La mujer se transparenta á través de la doncella. Es la bendita hora en que los latidos del corazon son contados en el cielo, porque desde la primera hora del amor, la jóven toma las alas del ángel

para volar hácia su ideal. Pero cuántas hay que caen sobre la tierra para no volver á emprender jamás su vuelo? Genoveva se encontraba en su segunda aurora.

IV.

LA CURIOSIDAD DE UNA HIJA DE EVA.

Algunos dias despues se daba un cocierto musical en la embajada de Austria.

Todo Paris se habia dado cita en este punto. Fué por esto que la señorita Regina de Parisis y la señorita Genoveva de la Chastaigneraye que podian hacerse abrir las puertas del palacio de Octavio de par en par, segun las órdenes del jóven, fué por esto que nuestras dos mujeres se atrevieron á entrar en sus habitaciones, por una escalera secreta llamada de las artistas, porque las cómicas pasaban por ella, ya fuesen cómicas de teatro ó bien cómicas del mundo.

Como sabia Genoveva que todos los dias, entre dos y cuatro de la tarde se podia seguir este peligroso camino sin ser reconocida? Cómo Genoveva se atrevia á entrar en el laberinto de D. Juan de Parisis?

Cómo Genoveva era dueña de una pequeña llave de plata que abria la puertecita del jardín?

Esto no debe ser el secreto de la comedia toda vez que lo ignoro.

Lo que me consta es, que la jóven abrió esta puerta